

PRÓLOGO

La obra del escritor, como toda obra del hombre, está vinculada al medio social en que se produce, por una relación que no se desconoce y rechaza impunemente. La misteriosa «voluntad» que nos señala tierra donde nacer y tiempo en que vivir, nos impone con ello una solidaridad y colaboración necesarias con las cosas que tenemos á nuestro alrededor. Nadie puede contribuir, en su grande ó limitada esfera, al orden del mundo, sin reconocer y acatar esa ley de la necesidad. Cuanto más cumplidamente se la reconoce y acata, tanto más eficaz es la obra de la voluntad individual. Dícese que el genio es, esencialmente, la emancipación respecto de las condiciones del medio; pero esto debe entenderse en lo que se refiere á los resultados á que llega, suscitando nuevas ideas, nuevas formas ó nuevas realidades. Por lo que toca á los elementos de la operación genial, á los medios de que se vale, á las energías que remueve, el genio es, como toda humana criatura, tributario de la realidad que le rodea, y

cabalmente en comprenderla y sentirla con más profundidad y mejor que los demás consiste el que sea capaz de arrancar de sus entrañas el paradigma de una realidad superior.

El principio de originalidad local, en la obra del escritor y del artista, tiene, pues, un fundamento indestructible. Ampliamente entendido, es condición necesaria de todo arte y toda literatura que aspiren á arraigar y á dejar huella en el mundo. Apartarse de la verdad determinada y viva, de lugar y de tiempo, por aspirar á levantarse de un vuelo á la verdad universal y humana, significa en definitiva huir de esta verdad, que para el arte no es vaga abstracción, sino tesoro entrañado en lo más hondo de cada realidad concreta. Querer ganar la originalidad individual rompiendo de propósito toda relación con el mundo á que se pertenece, conducirá á la originalidad facticia é histriónica, que casi siempre oculta el remedo impotente de modelos extraños, no menos servil que el de los próximos; pero nunca llevará á la espontánea y verdadera originalidad personal, que, como toda manifestación humana, aun las que nos parecen más radicalmente individuales, tiene también base social y colectiva, y no es sino el desenvolvimiento completo y superior de cierta cualidad de raza, de cierta sugestión del ambiente ó de cierta influencia de la educación.

En literatura americana, el olvido ó el

menosprecio de esa relación filial de la obra con la realidad circunstante ha caracterizado, ó mejor, ha privado de carácter á la mayor parte de la producción que, por los méritos de la realización artística y por la virtualidad de la aptitud que se revela, compone dentro de aquella literatura la porción más valiosa. Junto á esta porción selecta pero, por lo general, inadaptada, una tendencia de nacionalismo literario que, salvo ilustres excepciones, no ha arrastrado en su corriente á la parte más noble y capaz del grupo intelectual de cada generación, se ha mantenido, por esta misma circunstancia, dentro de un concepto sobrado estrecho, vulgar y candoroso del ideal de nacionalidad en literatura. Debemos, sin embargo, á esa tendencia artísticamente feble y provisional, lo poco que ha trascendido á la expresión literaria de la originalidad de vida y color de nuestros campos; del carácter de esa embrionaria civilización agreste, donde aun se percibe el dejo y el aroma del desierto, como en la fruta que se vuelve montés la aspereza de la tierra inculta. La vida de los campos, si no es la única que ofrezca inspiración eficaz para el propósito de originalidad americana, es, sin duda, la de originalidad más briosa y entera, y por lo tanto, la que más fácil y espontáneamente puede cooperar á la creación de una literatura propia. Suele tildarse de limitado, de *ingenuo*, de pobre en interés psicológico, de insuficiente para contener

profundas cosas, al tema campesino; pero esta objeción manifiesta una idea enteramente falsa en cuanto á las condiciones de la realidad que ha de servir como substancia de arte. Dondequiera que existe una sociedad llegada á aquel grado elemental de civilización en que, por entre las primitivas sombras del instinto, difunden sus claridades matinales la razón y el sentimiento, hay mina suficiente para tomar lo más alto y lo más hondo que quepa dentro del arte humano. La esencia de pasiones, de caracteres, de conflictos, que constituye la idea fundamental del *Quijote*, del *Otelo*, del *Macbeth*, de *El Alcalde de Zalamea*, y aun del *Hamlet* y del *Fausto*, pudo tomarse indistintamente del cuadro de una sociedad semiprimitiva ó del de un centro de alta civilización. Pertenece todo ello á aquel fondo radical de la naturaleza humana que se encuentra por bajo de las diferencias de razas y de tiempos, como el agua en todas partes donde se ahonda en la corteza de la tierra. La obra del artista empieza cuando se trata de imprimir á este fondo genérico la determinación de lugar y de época, individualizando en formas vivas la pasión universalmente inteligible y simpática; y para esto, lejos de ser condición de inferioridad el fijar la escena dentro de una civilización incipiente y tosca, son las sociedades que no han pasado de cierta candorosa niñez las de más abundante contenido estético, porque es en ellas don-

de caben acciones de más espontánea poesía, costumbres de más firme color y caracteres de más indomada fuerza. Por donde debemos concluir que si la vida de nuestros campos, como materia de observación novelesca y dramática, no ha alcanzado, sino en alguna obra de excepción, á las alturas del grande interés humano, de la representación artística universal y profunda, ha de culparse de ello á la superficialidad de la mayor parte de los que se le han allegado como intérpretes, y no á la pobreza de la realidad, cuyos tesoros se reservan, en éste como en todos los casos, para quien con ojo zahorí catee sus ocultos filones y con brazo tenaz los desentrañe de la roca.

Alegrémonos, pues, de que escritor de la significación de Carlos Reyles siente esta vez su garra en el terruño nativo, y realice la gran novela campera, y por medio de la verdad local solicite la verdad fundamental y humana que apetecen los ingenios de su calidad. Á manera del heroico corredor de aventuras, que emigró de niño y forjó en remotas tierras su carácter, y trae de ellas, domeñada, á la esquivia fortuna, para volver ya hombre y ofrecer al hogar de los hermanos el tributo de la madurez, más fecundo que el de la ardorosa juventud, así este ilustre novelista nuestro, después de ganar personalidad completa y fama consagrada, por otros caminos que los de la realidad característica del terruño, viene á esta

realidad, en la otoñal plenitud de su talento y con la acrisolada posesión de su arte.

Otras novelas suyas manifestaron su maestría para penetrar en el antro de los misterios psicológicos é iluminar hasta lo más recóndito y sutil; su poder creador de caracteres, á un tiempo genéricos é individuales; su sentido de lo refinado, de lo extraño, de lo complejo; la amarga crudeza de sus tintas y la precisión indeleble de su estilo. Ha realizado su obra literaria de la manera más opuesta á la publicidad constante y afanosa del escritor de oficio; con señoril elección del tiempo de escribir y el tiempo de dar á la imprenta; ajeno á toda camaradería de cenáculo, y aun á comunicación estrecha y sostenida con el grupo intelectual de su generación; en altiva soledad, que recuerda algo del aislamiento voluntario y de la obra concentrada, y sin moción exterior, de Merimée. En Reyles la vocación del escritor no es toda la personalidad, no es todo el *hombre*. Su voluntad rebelde, arriesgada y avasalladora, le hubiera tentado con los azares y los violentos halagos de la acción, á nacer en tiempos en que la acción tuviera espacio para el libre desate de la personalidad y tendiese de suyo al peligro y á la gloria. Y aun dentro del marco de nuestra vida domesticada y rebañega, cuando no vulgar y estérilmente anárquica, la superior energía de su voluntad ha dado muestra de sí abrazándose

á la moderna «aventura» del trabajo, concebido en grande y con idealidad de innovación y de conquista; á las faenas de la tierra fecunda, en que, junto con la áurea recompensa, se recoge la conciencia enaltecedora del resabio vencido, de la rutina sojuzgada, del empuje de civilización impuesto á la indolencia del hábito y á la soberbia de la naturaleza. Porque este *gentleman-farmer* que, en cuanto novelador, se acerca ahora por primera vez á la vida de nuestros campos, es, en la realidad, familiar é íntimo con ella, y le consagra amor del alma, y no sólo le está vinculado por la aplicación de su esfuerzo emprendedor, sino que, como propagandista social y económico, pugna desde hace tiempo por reunir en apretado haz las energías dispersas ó latentes del trabajo rural, para que adquieran conciencia de sí mismas y desenvuelvan su benéfico influjo en los destinos comunes.

Del campo nos habla esta novela, y aun pudiera decirse que en favor del campo. Como en el libro improvisado y genial que es, por lo que toca á nuestros pueblos del Plata, el antecedente homérico de toda literatura campesina: como en el *Facundo* de Sarmiento, la oposición de campo y ciudad forma, en cierto modo, el fondo ideal de la nueva obra de Reyles; sólo que esta vez no aparece representando el núcleo urbano la irradiadora virtud de la civilización, frente á la barbarie de los campos desiertos, sino que es la semicivili-

zación agreste, no bien desprendida de la barbarie original, pero guiada por secreto instinto á la labor, al orden, á la claridad del día, la que representa el bien y la salud del organismo social, contraponiéndose al desasosiego estéril que lleva en las entrañas de su cultura vana y sofisticada la vida de ciudad.

Grande ó restringida la parte verdadera de esa oposición social, vuélvese entera verdad en la relación de arte, que es la que obliga tratándose de obras de imaginación. Ha personificado el novelista la sana tendencia del genio campesino en un enérgico y admirablemente pintado carácter de mujer; la vigilante, ladina y sentenciosa Mamagela, musa prosaica del trabajo agrario, Sancho con faldas, Egeria de sabiduría vulgar, cuya figura resalta sobre todas y como que preside á la acción. Mamagela es la prudencia egoísta y el buen sentido alicorto, que, puestos en contacto con el vano é impotente soñar y con la bárbara incuria, adquieren sentido superior y trascendente eficacia y se levantan á la categoría de fuerzas de civilización. Como en el ingenuo utilitarismo de Sancho, hay en el de esta remota descendiente del inmortal escudero un fondo de honradez instintiva y de espontánea sensatez, que identifica á veces las conclusiones de su humilde perspicacia con los dictados de la severa razón y de la recta filosofía de la vida. Por sus labios habla la malicia rústica, más rastreadora de

verdad que la semicultura del vulgo ciudadano. Y tal cual es, y en los conflictos en que lidia, no hay duda de que Mamagela lleva la razón de su parte, porque el autor no ha colocado junto á ella á nadie que la exceda (quizá debido á que tampoco suele haberle en la extensión de realidad que reproduce), y los falsos ó desmedrados idealismos que la tienen de enemiga valen mucho menos que la rudimentaria idealidad implícita en lo hondo de aquel sentido suyo de orden y trabajo.

Con Mamagela, aparece representando Primitivo la energía de nuestras geórgicas criollas. Felicísima creación la de este personaje, que vale por sí solo una novela. Primitivo es personificación del gaucho bueno, orientado por naturaleza á la disciplina de la vida civil y á la conquista de la honesta fortuna, que persigue con manso tesón de buey. Hay una intensa y bien aprovechada virtud poética en esta *vocación* de un alma bárbara que tiende á los bienes de un superior estado social, con el impulso espontáneo con que la planta nacida en sitio oscuro dirige sus ramas al encuentro de la luz. Así debieron de brotar, en el seno de la errante tribu de la edad de piedra, las voluntades que primeramente propendieron al orden sedentario y al esfuerzo rítmico y fecundo. Primitivo aspira á tener majada suya y campo propio; y de sus salarios, ahorra para realizar su sueño. Cuida sus prime-

ras ovejas con el primor y la ternura de un Melibeo de égloga. Rigores del tiempo diezman su majada, y él se contrae, con dulce perseverancia, á rehacerla, trabajando más y gastando menos. El buen gaucho tiene mujer, y la quiere. Pero he aquí que á su lado acecha la barbarie indómita y parásita de la civilización; la sombría libertad salvaje, que encarna el hermano holgazán y malévoló, el *gaucho malo*, el avatar indígena de la *raza de Cain*. Jaime quita á Primitivo la mujer y la dicha, y entonces el laborioso afán del engañado se trueca en sórdido abandono; su apacibilidad en iracundia, su sobriedad en beodez, su natural sumiso en ímpetu rebelde. Magistralmente ha trazado el novelista psicólogo esta aciaga disolución de un carácter, que llega á su término final cuando aquella mansa fuerza que apacentaba rebaños, vuelta y desatada en el sentido del odio, consume el fratricidio vengador, al amparo de uno de los *entreveros* de la guerra civil, que anega en la sangre de su multiplicado fratricidio el generoso Fructidor del terruño. Todo ese trágico proceso rebosa de observación humana, de patética fuerza, de sugestión amarga y profunda.

Sobre este mismo fondo de la guerra ha destacado el autor, esbozándola sólo, pero en rasgos de admirable verdad y expresión, la figura de mavor vitalidad poética y más enérgico empuje de cuantas entran en su cuadro: Pantaleón, el

montonero, el caudillo; ejemplar de los rezagados y postreros, de una casta heroica, que el influjo de la civilización desvirtúa, para reducirla á su yugo, ó para obligarla á rebajarse al bandolerismo oscuro y rapaz. Es el gaucho en su primitiva y noble entereza; el gaucho señor de los otros por la soberanía natural del valor y la arrogancia; el legendario paladín de los futuros cantos populares; majestuoso y rudo, al modo de los héroes de Homero, de los Siete Capitanes de Esquilo, ó de los Cides, Bernardos y Fernanes González de la epopeya castellana. El cuadro de la muerte de Pantaleón, por su intensidad, por su grandeza, por su épico aliento, es de los que parecen reclamar la lengua oxidada y los ásperos metros de un *cantar de gesta*.

Mientras en esos caracteres tiene representación el campo, ya laborioso, ya salvaje, la propensión y la influencia del espíritu urbano encarnan, para el novelista, en la figura de un iluso perseguidor de triunfos oratorios y de lauros proféticos; apóstol en su noviciado, filósofo que tiente su camino. La especulación nebulosa y estéril; la retórica vacua; la semi-ciencia hinchada de pedantería; la sensualidad del aplauso y de la fama; el radicalismo quimérico y declamador: todos los vicios de la degeneración de la cultura de universidad y ateneo, arrebatando una cabeza vana, donde porfían la insuficiencia de la facultad y la exorbitancia de la vo-

cación, hallan cifra y compendio en el Tocles de esta fábula. No es necesario observar, en descargo de los que á la ciudad pertenecemos, que Tocles no es toda la ciudad, no es toda la cultura ciudadana, aunque sea la sola parte de ella que el autor ha querido poner en contraste con la vida de campo; pero la verdad individual del personaje, y también su verdad representativa y genérica, en tanto que no aspire á significar sino ciertos niveles medios de la cultura y del carácter, no podrán desconocerse en justicia. Tocles es legión; como lo es, por su parte, el positivista menguado y ratonil, especie con quien la primera se enlaza por una transición nada infrecuente ni difícil en la dialéctica de la conducta. De la substancia espiritual de Tocles se alimentan las « idolatrías » de club y de proclama; los fetichismos de la tradición, los fetichismos de la utopía, las heroicas vocaciones de Gatomauia, la ociosidad de la mala literatura...; y del desengaño en que forzosamente paran esos falaces espejismos aliméntanse después, en gran parte, las abdicaciones vergonzosas, las bajas simonías del parasitismo político, común refugio de soñadores fracasados y de voluntades que se han vuelto ineptas para el trabajo viril é independiente. Aquellos polvos de falsa idealidad traen, á menudo, estos lodos de cínico utilitarismo.

No es, desde luego, la aspiración ideal lo que está satirizado en ese mísero Tocles, sino

la vanidad de la aspiración ideal. No es en Dulcinea del Toboso en quien se ceban los filos de la sátira, sino en Aldonza Lorenzo. Y este sentido aparece con clara transparencia en la representación de aquel carácter, cuando, convertido Tocles de predicador de idealidades vagas en confesor de realidades positivas y concretas, la vanidad de sus intentos persiste, porque procede de él y no del objeto de sus sueños, tan fatuos cuando se remontan á las nubes como cuando descienden al polvo de la tierra. Entre el trabajo utilitario enérgico y fecundo y la aspiración ideal sana y generosa no hay discordia que pueda dar significado racional á un personaje ó á una acción de novela: hay hermandad y solidaridad indestructibles. Los pueblos que mayor caudal de cultura superior y desinteresada representan en el mundo son, á la vez, los más poderosos y más ricos. La propia raíz de energía que ha erigido el tronco secular, y desenvuelto la bóveda frondosa, es la que engendra la trama delicada y el suave aroma de la flor. Y la eficacia con que Reyles vilipendia, novelando ó doctrinando, los idealismos apocados y entecos (aunque él se imagine á veces que estos dardos suyos van á herir á los tradicionales y perennes idealismos humanos,) consiste en que él mismo es un apasionadísimo idealista, y tal es la clave de su fuerza, y por serlo se ofende mucho más con el remedo vulgar y vano del sagrado amor á las

« ideas » que con la resuelta furia iconoclasta: aquella que, negando el ideal, le confiesa paradójicamente y como que nos le devuelve de rebote por el mismo soberano impulso de la negación.

Pero, aunque extraviada y estéril, la inquietud espiritual de Tocles es, al fin, el desasosiego de un alma que busca un objeto superior al apetito satisfecho; la sed del ideal arde en esa conciencia atormentada; y por eso, del fondo de sus vanas aspiraciones y sus acerbos desencuentros trasciende, ennobleciendo su interés psicológico, una onda de pasión verdadera y de simpatía humana, como trascienden de la hez de un vino generoso la fuerza y el aroma del vino. El dolor de su fracaso es la sanción de su incapacidad y flaqueza; pero es también, por delicado arte del novelista, imagen y representación de un dolor más noble y más alto: del eterno dolor que engendra el contacto de la vida en los espíritus para quienes no existe diferencia entre la categoría de lo real y la de lo soñado. Así se levanta el valor genérico de esta figura por encima de la intención satírica que envuelve, pero que no recae sobre lo más esencial é íntimo de ella; y así adquiere, por ejemplo, hondo sentido y sugestión bienhechora la hermosa escena final, en que la cabeza abrumada del soñador descansa en el regazo de la compasiva Magagela, como en el seno de la materna realidad reposan las vencidas ilusiones

humanas y hallan la persuasión que las aquieta ó las hace reverdecen transfiguradas en sano y eficaz idealismo.

Mucho cabría añadir de los personajes secundarios que en la obra intervienen; del fondo de descripción, en que, si entra por poco el paisaje virgen y bravío, de sierra y monte, hay toques de incomparable realidad y primor para fijar nuestro paisaje « de geórgica » y nuestros usos camperos, y para interpretar la oculta correspondencia de las cosas con la pasión humana á que sirven de coro; del estilo, en fin, siempre justo y preciso y á menudo lleno de novedad, de fuerza plástica y color. Pero ya sólo notaré, para llegar al fin de este prólogo, una particularidad que me parece interesante, del punto de vista de la psicología literaria, y es la frecuencia y la jovial serenidad con que se reproduce en el curso de la narración el efecto cómico, á pesar de que nunca fué ésta la vena peculiar del autor, y de que ha sido la novela engendradora en días, para él, de más amargura que contento; nueva comprobación de una verdad que yo suelo recordar á los que entienden de manera demasiado simple y estricta la relación de la personalidad y la obra, es á saber: que la imaginación es el desquite de la realidad, y que, lejos de quedar constantemente impreso en las páginas del libro el ánimo accidental, ni aun el carácter firme de quien lo escribe, es el libro á menudo el

medio con que nos emancipamos, soñando, de las condiciones de la vida real, ó con que reaccionamos idealmente contra los límites de nuestra propia y personal naturaleza.

En el desenvolvimiento de nuestra literatura campesina, esta novela representará una ocasión memorable, y por decirlo así, un hito terminal. De la espontaneidad improvisadora é ingenua, en que aún parece aspirarse el dejo de la «relación» del payador reencarnándose en forma literaria, pásase aquí á la obra de plena conciencia artística, de composición reflexiva y maestra, de intención honda y trascendente. De la simple mancha de color, ó de la tabla de género circunscrita á un rincón de la vida rústica, pásase al vasto cuadro de novela, en que, concentrando rasgos dispersos en la realidad, se tiende á sugerir la figuración intuitiva del carácter de conjunto, de la fisonomía peculiar de nuestro campo, como entidad social y como unidad pintoresca. Del orden de narraciones que requieren como auditorio á la gente propia, pásase al libro novelesco que, merced al consorcio de la verdad local y el interés humano, puede llevar á otras tierras y otras lenguas la revelación artística de la vida original del «terruño».

Y esta nueva obra de Reyles, que por su alto valer de pensamiento y de arte confirmará para él los sufragios del público escogido, reúne al propio tiempo,

más que otras de su autor, las condiciones que atraen el interés del mayor número, por lo cual puede pronosticarse que será entre las suyas la que preferentemente goce de popularidad: género de triunfo que, aun cuando vaya unido á otros más altos, tiene su halago animador y violento, y sin cuyo concurso parecerá que falta un grano de sal en la más pura gloria de artista.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Montevideo, Marzo de 1916.